



Grupo Latinoamericano de Cursos de Cristiandad

www.cursillosglcc.org.mx

e-mail: sede@cursillosglcc.org.mx

Juan Capó Bosch

**PEQUEÑAS
HISTORIAS
DE LA HISTORIA
DE LOS CURSILLOS
DE CRISTIANDAD**

PRESENTACIÓN

Don Juan Capó es un testigo excepcional de los orígenes de los Cursos de Cristiandad. Fue el Director espiritual del primer Curso de Cristiandad, celebrado en Mallorca el 7 de enero de 1949 y el Consiliario del primer Secretariado Diocesano. Don Juan había estudiado seriamente la Teología en la Universidad Gregoriana, y a él se debe el enfoque kerygmático de la Teología en la Gracia, tal como se expone en las meditaciones y “rollos místicos”.

Creemos prestar un ser servicio a nuestros lectores, deseosos de conocer pormenores de la Historia de los Cursos de Cristiandad, publicando estos interesantes artículos de don Juan Capó, Canónigo de la catedral de Córdoba, catedrático de Teología del Seminario Diocesano, Consiliario del Movimiento de Cursos en Córdoba y actualmente miembro del Equipo de Dirección del Secretariado Nacional de Cursos de Cristiandad de España, al que ha representado en el Encuentro Hispanoamericano de Bogotá y en las Ultreyas Mundiales de Roma y México.

I.- RAZÓN DEL TÍTULO

Una historia debe atender a hechos para situarlos en un contexto intencional. Tiene perspectiva y comporta una valoración. Una información exhaustiva en lo fundamental y un ánimo neutro. No creo que haya llegado el momento. Yo por lo menos no asumiría el riesgo. Ya hay capítulos que podrían cerrarse. Hay hechos capitales que pasarán en bloque a la historia de los Cursos: la Ultreya de Roma y el discurso de Pablo VI, por ejemplo. Lo más

difícil será fijar los límites cambiantes en las etapas de formación, de lo que, precisamente está en la raíz de cualquier intento de inteligencia.

Es hora, sin embargo, de aportar algunos materiales de valor desigual y que, al tiempo que satisfacen la cariñosa curiosidad, pueden dar una plataforma para contestar a ulteriores preguntas. Por esto, por no asumir más responsabilidad que narrar lo que creo que puede interesar de mis recuerdos, de algunos de mis recuerdos, es preferible calificar este trabajo que me pide el Director de la Hoja del Secretariado Nacional con el nombre de “pequeñas historias”.

Cómo empezaron los Cursillos

Se ha dicho y se ha escrito mucho. No fue una casualidad. Se encuentran muchos de sus elementos en las fechas anteriores al Cursillo 1º. de San Honorato. Sin embargo, el Cursillo de San Honorato comportó una realidad nueva. Fue un hallazgo. La actitud de los que asistimos a este primer Cursillo fue *asombro*. Lo habíamos conseguido. Es un hecho. Podría citar los documentos que avalan lo que digo. Mejor será contar la historia.

Los preparativos

En año 1948 era el primero de mi actuación sacerdotal en la diócesis. Asistía a las reuniones semanales del Consejo Diocesano de J. A. C.E., en Zabellá, 17. Ayudaba al Consiliario Diocesano M. I. Don Sebastián Gaya. Tres estancias donde nos amontonábamos, con un pequeño cuarto dedicado al Consiliario y en el que teníamos normalmente nuestras juntas. No puedo precisar exactamente la fecha, debió de ser en el mes de diciembre o fines de noviembre, cuando tratamos de la organización del Cursillo para principios de enero.

¿Qué Cursillo?

Desde hacía años se organizaban cada año uno o dos Cursillos. Desde 1940 ó 1941 y derivados de los Cursillos para jefes de peregrinos, modificándose y enriqueciéndose se habían ido celebrando. Muchos elementos, muchas de las metas pueden encontrarse en aquellos Cursillos. Igual que se organizaban cada año dos tandas de ejercicios por el Consejo Diocesano, se programaban también estos Cursillos. Se trataba de esto. Había un espíritu común, determinadas lecciones completamente redactadas. De otras se indicaban los temas o se dejaban a la elección del responsable de turno. Se programó un Cursillo y no se previó otro, por el momento. Me extrañó que si daban resultado no se organizaban con más frecuencia y como en cadena. Lo advertí. “Si esto es así tendremos que pensar en muchos más. Incluso en una vocalía especial”. Como ya había la experiencia de otros años, se organizó “el Cursillo”. Uno más. Y... resultó otro.

Recuerdo el asombro de lo que se había conseguido y la afirmación que mantuvimos siempre sobre la radical novedad de lo que había sucedido en San Honorato en enero de 1949.

¿Quiénes intervinieron?

Me es difícil recordar los que estábamos presentes en aquella reunión del Consejo. Pero evidentemente que no todos iban a intervenir, no asistieron todos.

Más fácil sería aportar la lista de nombres de quienes dirigieron el “primer Cursillo”. Pero sería una respuesta falsa. Una anécdota hará ver parte de lo que quiero decir. El Cursillo 5º., simultaneado con el 4º., tuvo lugar en el santuario de Pollensa. El rector fue Guillermo Estalleras. Tenía que dar el “rollo” de Acción. No tenía esquema. Solamente el título y la idea, la que dimanaba de la “mística común”. Improvisó en mi presencia las notas de un guión que no volvió a darse nunca más. Era totalmente personal. Todas las ideas se ordenaban al filo de una comparación con la marcha de un tren ingenioso, sugestivo. El mismo Estalleras no pudo recomponer en el sosiego del Poscursillo el esquema de su intervención. Cuando cuente la forma como adquirieron consistencia los “rollos místicos” y las meditaciones, aparecerá esto más claro. Eduardo Bonnín era quizá el único que tenía programadas todas las intervenciones. Es a través de ellas como se nos han transmitido más restos de los cursillos anteriores.

¿Una respuesta concreta?

No puede darse. Hay quienes no aparecen a lo largo de años y cuya influencia fue decisiva. Era un ambiente. Un afán. Si no fuera así sería difícil situar el papel del mismo Monseñor Hervás antes de 1954. Tiempo habrá de recordar anécdotas que hacen ver cómo, sin embargo, a él deben los Cursillos la supervivencia.

No nos queda mas remedio que repetir lo que ya escribimos en otra ocasión: “El primer Cursillo era la realización de unos afanes, de unas ansias, de unos modos de ser y actuar. Fue algo posible en el clima pastoral y apostólico de aquellos momentos. Para indicar los comienzos reales de los Cursillos tendríamos que remontar hasta las raíces, las corrientes que los hicieron posibles, detallar desde su nacimiento las inquietudes que les dieron ser.

Lo cierto es que no nacieron de golpe, así como un milagro hecho, como la luz de una nueva estrella que sorprendiera la noche puesta de repente en el arco del cielo por los dedos de Dios. No es la obra de un hombre, sino de un grupo, de un clima, de un afán convergente primero y compartido después.”

Lo nuevo

Algo había que explicaba la transición. El análisis nos llevaría lejos. Atestiguo hechos, no analizo causas. Había madurado un proceso, se habían encontrado unos hombres y había empezado a florecer con el episcopado de Monseñor Hervás un clima pastoral, Pero todo esto se verá mejor si recordamos cómo nacieron los “rollos místicos”.

II.- LA NOVEDAD DE LOS “NUEVOS” CURSILLOS

El efecto logrado por lo que después hemos calificado de primero de los Cursillos de Cristiandad, enero de 1949, es algo que no puede negar quien vivió aquellos días. Basta releer los números de “Proa”. Fue asombro agradecido, pero no casualidad. Era efecto de una búsqueda y respondía a un afán concreto, a un deseo lúcido.

Que habían intervenido factores nuevos, determinantes de una novedad comprobada, en relación con los “Cursillos anteriores”, resulta evidente. Desde mi recuerdo de ahora, sin afinar demasiado en los detalles, creo poder señalar tres vías de acceso a la novedad del Cursillo de San Honorato:

- Se habían producido un cambio en el clima y en la orientación pastoral. Monseñor Hervás había tomado posesión de la diócesis al fallecer el Arzobispo Miralles. En los jóvenes esta orientación estuvo fuertemente subrayada por la transición entre el estilo de los dos Consiliarios diocesanos anteriores (don José Dameto y don José Rossell) y el nuevo Consiliario don Sebastián Gayá.
- La convergencia en un mismo equipo dirigente de hombres de diversa fisonomía espiritual, de formación dispar. Lo tradicional y lo nuevo, el carácter improvisador y revolucionario, la sensatez miedosa e incluso reciente... Todos compartían una convicción: “Hay que hacer algo distinto, el Evangelio tiene eficacia para el hombre hay que buscar el “modo de encuentro”. En el conjunto de nombres, creo que deben destacar los de Eduardo, G. Estalleras, J. Mir, B. Riutort, A. Rullán..., el ansia contenida y apasionada de Antonio, la violencia de Guillermo, el ardor de una entrega llena de simpatía de Fiol, uno de los artífices del “rollo” de piedad.
- Un entusiasmo apostólico como acento peculiar y definidor de lo mejor de la Peregrinación a Santiago con todo lo que ella comportó en su preparación, realización y aprovechamiento posterior.

¿Novedad en el contenido?

No creo que se pueda hablar de novedad en el método, es decir, en la intencionalidad de los componentes. Sí debe hablarse, sin embargo, de novedad en el contenido doctrinal.

Ya expliqué que los “Cursillos” anteriores tenían una temática uniforme, aunque sus especificaciones estaban al arbitrio de cada responsable en muchos casos. Esto continuó así para el primer Cursillo y para algunos de los posteriores, como ya escribí antes. Unos ejemplos nos podrán en la pista. Ideal, fue introducido posteriormente cuando en la “Escuela” (llamémosla así) se fueron analizando los Cursillos. (Ya hablaré otro día de esta Escuela, ya que ella explica la marcha constitutiva y cambiante hacia los logros maduros de los Cursillos de Cristiandad.) Había en los primeros Cursillos, desapareció inmediatamente, una sección dedicada a hablar de la formación e importancia de los Aspirantados.

Centros de Acción - después se cambió el título por la Cristiandad en Acción (veo que el manual lo llama otra vez Cristiandad en Acción después que, en publicaciones anteriores, se le designó por Grupos en Acción) - era absolutamente distinto y trataba de los “centros” de juventud y de su organización apostólicamente eficaz. Para el cambio fue decisiva, aunque impidió una formulación metodológica buena, la intervención posterior de Cristóbal Almendro. Si se repasan los diferentes documentos sobre el Estudio del Ambiente, desde la primera recopilación hasta hoy, se verá el camino recorrido y los planteamientos que se han dejado atrás. El mismo rollo de Piedad ha sufrido una transformación grande en el enfoque y en la importancia. Si tengo tiempo, referiré las etapas que los maduraron y que ayudaron a su formulación definitiva.

Hay un rollo clave para seguir esta transformación: el de Acción Católica. Su transformación progresiva marca las fases históricas del progresivo desvelamiento de la teología y de la metodología de los Cursos de Cristiandad. Resultará aleccionador seguir la marcha no siempre acertada de este rollo, primero de la tarde del primer día, hasta la formulación que hoy nos da el Manual con el título de “Seglares en la Iglesia”.

Una novedad radical

Hay una novedad radical. La que, manteniendo intacta la letra de los elementos anteriores, cambió decisivamente su sentido. Los Cursos adquieren un acento y una dinámica nueva a la luz de los “rollos místicos”, que centran la proclamación evangélica en la doctrina de la gracia, dentro de un contexto vivencial que ayuda a experimentar en la propia vida la fuerza transformante de esta realidad singular.

Se ha dicho que los rollos de gracia se copiaron de la temática de los cursos anteriores. Nada más falso. De todas las lecciones que señalaban desde Madrid para sus Cursos, había una, una sola, dedicada a la vida sobrenatural. Estas lecciones ya no se tenían en cuenta. Ni se tuvieron absolutamente en cuenta para el montaje del Curso de 1949.

Cómo nació la idea

En la junta semanal del Consejo diocesano, a la que acudí antes, y donde se decidió el Curso de enero, me sentí sorprendido (llevaba pocos meses incorporado a la diócesis) cuando don Sebastián, que la presidía, me señaló para que me responsabilizara de la parte espiritual y de cinco lecciones. Debido a mis ocupaciones en el Seminario, del que era director espiritual, reclamé ayuda. Nombraron a don Guillermo Payeras, coadjutor entonces en la parroquia de la barriada de Hostalets y que dirigía un centro de juventud realmente interesante, aportaría material y ayudaría al mismo tiempo.

Pregunté dónde estaban los esquemas de las lecciones para ayudarle a don Guillermo a desarrollarlas. La respuesta literal, aquí no falla el recuerdo, fue que podía hacer lo que quisiera. Cualquier materia, cualquier enfoque. La cuestión era cumplir con el aspecto formativo de tipo espiritual o teológico.

Por qué escogí estos temas, cómo se hizo su redacción; cómo, quién y cuál fue el porqué del orden que guardan entre sí, es demasiado interesante para que no le dedique un párrafo aparte. Quiero indicar que las meditaciones no nacieron con los rollos. Todas, por lo menos, han tenido un proceso más largo y menos indefinido y en ellas han intervenido más personas.

Todo el proceso, sin embargo, quedaba firmemente constituido en el año de 1950, en cuya fecha, sin determinar, está datada la primera compilación completa. La fecha de mi documento solamente dice, y mi memoria no guarda recuerdo de mes y día: Mallorca. Año Santo

III.- CÓMO NACIERON LOS ROLLOS MÍSTICOS

Con el encargo de que me responsabilizara como director espiritual de aquel Cursillo, no solamente no me indicaron tema, como ya dije, sino que ni siquiera me ofrecieron o hablaron de los esquemas que habían servido previamente en los otros Cursillos que, una o dos veces al año, se habían organizado hasta entonces.

Es interesante recordar las circunstancias concretas de la composición y redacción de aquellos esquemas que iban a dar contenido nuevo a los Cursillos de enero de 1949. Será bueno recordar detalles.

No recuerdo ahora mismo el nombre de la calle y el número de la casa. Don Guillermo Payeras, actual director espiritual del Seminario de Mallorca y entonces coadjutor de la parroquia del Sagrado Corazón de la barriada de Hostalets se acordará, ya que fue en el piso que él habitaba con su hermana y sus dos hermanos donde nos reunimos para trabajar. El método fue sencillo. Él escribía en su bloc lo que yo le iba dictando. Recién terminados mis estudios, tenía obsesión por explicarle a la gente la verdadera dimensión del cristianismo desde la conciencia alterada de lo que era la Gracia de Dios. Comentamos que también para nuestro tiempo teníamos que gritar el: “Reconoce, cristiano, tu dignidad (Agnosce, cristiane, dignitatem tuam...”, of. de Navidad). Yo llevé a la reunión dos tratados teológicos: “De gratia Redemptoris”, de Lennerz, y el volumen correspondiente de la sinopsis de Tanquerey (texto del Seminario). En el piso de Don Guillermo estaba el libro clásico de Terrien: “La gracia y la gloria”, y el conocido “Vive tu vida”, de Arami.

Lo único que confeccionamos fue el guión de los rollos, pero no el de las meditaciones. Estas siguieron un camino totalmente distinto y en ellas intervinieron también otras manos.

Diferencias

Mi primera redacción del rollo de gracia habitual resultaba excesivamente ajustada a mi pensamiento personal. Mucho más cercana a un esquema que mandé el año pasado al Secretariado Nacional y que, por no llegar por lo visto a tiempo, únicamente pudo incorporarse algún párrafo en la actualización que se ha hecho de los rollos. Partía del concepto de novedad radical que la gracia introducía en nuestra vida y se centraba sobre la explicación de la “conversión” o metanoia”. Los que asistieron conmigo a los primeros Cursillos recordarán todavía la versión aquella del rollo de la Gracia Habitual.

A Don Guillermo le pareció difícil y concertamos exactamente el esquema que después, y hasta ahora, ha estado vigente. No voy a hablar de las acusaciones de defectos reales y aparentes que, sobre todo recientemente, se han hecho a la doctrina escolástica de la gracia como “cosa” o como “objeto”. Cuento la historia nada más.

El rollo de “obstáculos” ocupó el sitio de la mañana del segundo día, en el lugar teórico actual de los Sacramentos. Casi inmediatamente se vio que el cambio se imponía. Hay detalles en la Guía del rector que acusan estas variaciones.

La versión de obstáculos ha sufrido más variaciones. La que se conoció primero fue la *segunda*. No olvidemos que la primer recopilación oficial la hizo el Consejo Diocesano a lo largo del año 1950. En la primera versión los obstáculos se oponían al ejercicio de una amistad personal y nos ponían en trance de traicionar nuestra grandeza. Citábamos el “*rursus crucifigentes*” de San Pablo. En la explicación que siempre di alegaba que este rollo tenía que ser un canto al optimismo, dándonos como al revés, una visión de la gracia. Partir del supuesto que por interesar tanto valía la pena ilusionarnos en el esfuerzo ascético y heroico. La *segunda* versión lo concibió, en cambio, como un camino que presenta tres posibilidades: marcha atrás, parada o tibieza y desvío o pecado venial. El esquema no insistía en la diferencia entre acto y estado, aunque en sus efectos incorporaba parte de la riqueza del rollo primero.

Tengo ante mi vista la primera recopilación con notas de mano que señalan dónde introducirse la visión del primer esquema. La sistematización posterior era de Don Miguel Fernández. Esta versión fue casi inmediatamente sustituida por la tercera visión. Sin embargo, en las notas que recopilamos para el doctor Hervás con ocasión de la introducción de los Cursos en Colombia y que en la colección que poseo lleva fecha de encuadernación de 1955, todavía se registra esta segunda versión.

En otra compilación de dos años más tarde está la tercera, y que es la que recoge el P. Royo tomándola del Manual, antes de su actualización, y que más bien se apoya sobre la función liberadora de las leyes. En el rollo actualizado hay un claro intento por regresar, sin que quizá lo supieran los mismos responsables de la actualización, a las posiciones kerygmáticas del primer esquema.

El rollo de Sacramentos sufrió, entre otras, la variación del lugar. Durante mucho tiempo resultó un rollo intrascendente. Su visión era pobre, sacramentalista. Aunque parezca mentira, durante mucho tiempo lo dio el Seminarista que solía acudir a todos los Cursos, y se reducía a una explicación de lo que cada sacramento con exclusivas referencias a su materia y forma y condiciones de validez y licitud para una recepción fructuosa. Como en el rollo de piedad, también en el de sacramentos el planteamiento existencial, con un claro aprovechamiento para resolver los problemas de los cursillistas nos llevaron a una mejor comprensión. Lo que se añadió, además del acento, fue el planteamiento y el final con la Eucaristía. La historia es sabrosa y sorprendente, pero prefiero contarla en otro capítulo, juntamente con la trayectoria de las meditaciones y el nacimiento de las advertencias del Rector que se llamaban “rejonos colectivos” y después se llamaron “semáforos”. Dos nombres he de indicar en justicia. La forma como Don Jaime Capó dio este rollo desde sus comienzos de Consiliario en Soller nos enfocaron por el camino justo. Don Angel Morta, actual Obispo auxiliar de Madrid, nos ayudó, sin pretenderlo, en lo demás. El planteamiento surgió por la crítica, que comenzaba ya, de sacramentalismo y para darnos una plataforma contra las actitudes anticlesiales con que algunos llegaban al Curso.

IV.- EN LOS CURSILLOS HAY ENRIQUECIMIENTO PROGRESIVO.

El análisis de los elementos que, a medida que pasaba el tiempo, se añadieron y se incorporaron definitivamente al método, lo prueba suficientemente. Fue un proceso vital, como una inmensa y progresiva digestión de elementos dispares que se ensamblaban en la intención y servían al propósito. Quiero pedirle hoy a mis recuerdos la pista de la formación de meditaciones y de algunas de las advertencias que ocupan hoy un lugar de primera clase en la andadura total del Curso.

En los primeros tiempos la asistencia de los directores espirituales fue forzosamente accidentada. Improvisada. Todos eran nuevos en la empresa. No existía ninguna explicación sistemática y, por lo mismo, resultaba inevitable un margen de improvisación. Lo único que podía garantizar el acierto era la “sintonía”. Hubo sacerdotes que lo “entendían” y sacerdotes

que no lo “entendían”. Pero probaron y asistieron muchos en condiciones que hoy nos parecerían sencillamente inaceptables. El que disponga de la colección “Proa”, donde se publican los Cursillos que se iban celebrando tendrá una comprobación fácil.

Los “rollos” habían salido completos desde el primer momento, con las variantes que ya anotamos. Acerca de las meditaciones se dejó al principio una libertad de uso improvisal. Pero fue evidente que no podía resultar. Por esto, en el año 1950 hicimos la primera compilación. La que se quedó como definitiva. La última edición del Secretariado Nacional mantiene su temática y su desarrollo con levísimas variantes y copia al pie de la letra las indicaciones metodológicas de los primeros apuntes antológicos de 1950.

¿Cómo se recopilaron? Sus fuentes

No puedo recordar todos los nombres de los que aportaron sus apuntes para que estudiáramos lo que mejor encajaba de toda la colección. Notas a lápiz. Hojas de bloc y cuartillas sueltas. El alma de la recolección fue Don Miguel Fernández. Ahora mismo no sé quiénes además de mí colaboraban en el contejo y discusión. Había apuntes de Don Miguel Fernández, Don Miguel Ramón, Don Bernardo Martorell, etcétera. Hay nombres que ya hace tiempo dejaron de dirigir Cursillos. Del primer momento y de las notas que habíamos tomado en su casa, se mantuvieron el tema y gran parte del contenido de las tres primeras, que habíamos elaborado Don Guillermo Payeras y yo para el primer Cursillo.

Por lo que se refiere a la primera meditación, los ejemplos estaban abundantemente sacados de las obras de Tiemer Toth. Se intentaba sencillamente no aburrir y hacer pensar que el momento podía ser decisivo en su vida. De la mención incidental de un ejemplo (había dos en la redacción primitiva, cuyas notas conservo) tomó cuerpo, convirtiéndose en un punto casi central y modificando la intención general el tema de la “película de la vida”. En la del hijo prodigo, la primitiva redacción se completaba; yo mismo lo hice pocas veces, pero conservo la nota, con una consideración de Getsemaní, para dar la conciencia de que somos actores personalmente conocidos en la pasión y en el dolor de Cristo.

Las tres miradas conoció una trayectoria más azarosa. No siempre se entendió perfectamente su pensamiento. Aunque en las notas introductorias de 1950 ya se explica su intención perfectamente, sin embargo, no siempre se aprovechan sus grandes virtualidades. No se trata tanto de describir la mirada cuanto de sentirse mirados. Era un medio para una introspectiva y examen.

La meditación de la mañana del segundo día fue aportada íntegra por Don Miguel Fernández de unos ejercicios de un jesuita muy conocido en Mallorca entonces: el P. Fayos. Y fue para la tercera mañana que, comparando las críticas y quejas y los aportes de todos, decidimos sujetarnos a un texto evangélico. Era demasiado frecuente que convirtieran aquella meditación en una retahíla lastimera y pesimista de advertencias y avisos.

Advertencias del Rector

No se sistematizaron enseguida. Durante mucho tiempo estuvimos pidiendo a Eduardo, que tenía un arte especial para estas advertencias, que redactara una especie de modelos. Lo cual indica que cada rector se atenía, desgraciadamente a veces, a su improvisación y según el ánimo del momento.

Puedo desvelar el origen de algunas de estas advertencias. Rejones colectivos o semáforos, avisos aparentemente circunstanciales del rector y que maduran el Cursillo indicando su rumbo y situación en diferentes momentos del mismo.

La esquiadora

Monseñor Morta había predicado unos ejercicios al clero de Mallorca. A muchos nos había realmente impresionado el planteamiento en determinadas meditaciones. Los Cursillos naciesen se enriquecieron abundantemente por aporte de material. La esquiadora formaba parte de la introducción a las reflexiones sobre la pasión o de tercera semana. Aquel año prediqué los ejercicios del Consejo diocesano en el monasterio de la Real. Los recuerdo en sus detalles más pequeños. Empleé la anécdota para el mismo fin. De allí la recogieron los primeros que la emplearon y quedó como antológica para después de Piedad.

Final de Sacramentos y advertencias de las visitas

Ya narré las incidencias del rollo de Sacramentos. Hubo un cambio de lugar y un cambio en cuanto a su importancia, a su estilo y a su enfoque. Se hizo existencial, vivo, concreto. Supimos que podía servir de mucho. El final de la eucaristía fue un hallazgo en línea con la meditación de la mañana, para ayudar al descubrimiento personal de Cristo. Se tomó casi al pie de la letra de una preciosa meditación del mismo Monseñor Morta y que solía tener como hora santa durante sus ejercicios. A cada cual lo suyo. Esta terminación introdujo un cambio que, sin embargo, ha permanecido en todas las Guías del rector, incluida la de la última edición del Manual de Dirigentes.

Antes, cuando Sacramentos no era lo que ahora es y pronto llegó a ser, la advertencia de las visitas se hacía ya en la mañana del segundo día, junto con el aviso de los autógrafos. Se solía emplear una cita sugestiva del libro de Benzo "Breviario para mi generación". Se nota que debe haber una advertencia en la tarde del día. En la primera redacción de la Guía del Rector se señala como absoluta. Las sucesivas redacciones han corregido la aparente contradicción y dicen que el rector debe recordar e insistir sobre las visitas. Sin embargo, en los primeros apuntes titulados "Estructura y contenido" se calla totalmente la advertencia de la mañana y señala el aviso en la tarde. En el sitio lógico. Cuando ella, después de Sacramentos, responde a una verdad vivida, experimentada.

En este proceso intervinieron personas. Su convergencia hizo posible la puesta a punto. El tema puede resultar delicado, pero creo que si aireo algunos recuerdos personales, indiscutibles, podrán ayudar y esclarecer.

¿Quiénes estaban allí en la hora providencial y cómo influyeron?

V.- ALGUNOS NOMBRES

En todo el proceso de la aparición y del crecimiento de los Cursos intervinieron muchas personas. Algunos nombres se han quedado, otros desaparecieron. Todos aportaron. Resulta delicado y comprometido aludir a personas, aunque no sea sino desde el ángulo de mi recuerdo personal, de mi personal manera de ver. Es comprometido, aunque no sea sino por el peligro de que alguno crea que escribo una crónica cuando no hago sino sugerir unos recuerdos.

¿Hay algún nombre en la fuente de los Cursos?

Ya indiqué antes el carácter innegablemente providencial del nacimiento del primer Curso y de su continuidad. Providencial no significa, como han creído algunos, *casual*. Algo con lo que topó fortuitamente nuestro asombro. Hubo un hallazgo. Precedió una búsqueda. Preexistía una intención dinámica, un estilo apostólico una inquietud. No me cansaré de repetirlo. El primer Curso era la realización de unos afanes, de una ansias, de unos modos de ser y actuar. Fue algo posible en el clima pastoral y apostólico de *aquellos momentos*. No

fue, pues, la obra de un hombre, sino de un grupo, de un clima, de un afán convergente y compartido.

Un ejemplo es esclarecedor. No me queda más remedio que referirme a mí mismo para no salirme del dominio documental de mis propios recuerdos.

La vigilia de Pont D´Inca

En la Vigilia de Santiago de 1948 se celebró el acto con una solemnidad y un espíritu especial. En este pequeño suburbio de Palma había arribado la Virgen de Lluch, que recorría las parroquias. El recorrido estaba organizado apostólicamente por la J. A. C. E. No había estado en contacto con ninguno de sus dirigentes cualificados. Estaba convaleciente a mi regreso de Roma. Me pidieron que interviniera. Lo hice, exponiendo mi personal punto de vista sobre el apostolado, sobre la santidad como estilo de vida y exigencia cristiana con dimensión ampliamente misionera. El resultado fue explosivo. Más que por original, por coincidencia.

La revista “Proa” comentó más tarde: “Cuando terminó la vigilia, grupos de jóvenes comentaban apasionadamente las palabras apostólicamente enardecidas de aquel sacerdote...” La convergencia fue clara. El encuentro, providencial y fecundo. Fue a propósito de esta intervención cuando Eduardo Bonnín se puso en contacto conmigo, y una tarde en la Indiotería, donde entonces vivía mi familia, me expuso su pensamiento y por primera vez charlamos juntos.

Don Sebastián Gayá

¿Por qué fueron especialmente fecundantes aquellos momentos y no otros? El análisis nos llevaría muy lejos. En todo ello hay unos nombres que no se puedan soslayar. Aunque no sea sino citar algunos para no traicionar mis propios recuerdos, hay que empezar por el que en 1949 era el Consiliario diocesano, hasta que lo sustituí en verano de 1950, antes de que se formara el primer Secretariado de Cursillos y cuando éstos dependían todavía de los hombres que componíamos el Consejo diocesano de J. A. C. E.

Después de un letargo de años, la inoperancia y la lentitud roma de años anteriores, Don Sebastián impulsó dinamismo juvenil. Alentó una mística de acción y de entrega. Impulsó y comprendió. Compartió y estuvo, o en la raíz o en la avanzadilla de todo lo que se intentó de fecundo entre la juventud de entonces en Mallorca. Recuerdo cómo miraba, intenso y callado, cuando se discutía. Cómo presidía las reuniones del primer esbozo de Escuela de profesores. Era por la noche a última hora, en los locales del viejo caserón de Zavellá, 17. Escuchaba, intervenía, equilibraba, enderezaba, pero, sobre todo, encontraba la palabra síntesis. ¿Quién no recuerda las emisiones Ultreya? Las vigilias de Pentecostés, la mística de la peregrinación, el estilo de la Guía del Peregrino delata su mano. La Hora apostólica, aunque adaptada y retocada por la fuerza de los años, traduce su espíritu y su estilo.

Todavía he visto varias hojas escritas de su mano - no usaba máquina como los poetas - en las que se conservaba la redacción original, la del primer momento. Don Sebastián, que estaba en el ajo de todo lo que se hacía y pensaba, experimentó por primera vez y por única vez en la historia constitucional, después lo ignoro, de los Cursillos, su propio Cursillo en septiembre de 1949, siendo director del que llevaba el número XIII. “Proa” destacaba en 1950 la continuidad de pensamiento conmigo diciendo: “Don Sebastián Gayá y

Don Juan Capó son dos almas íntimamente compenetradas. Si al primero le pidieran un Consiliario, nos señalaría al segundo, y no dudamos que éste pondría sus ojos en el primero.”

¿Otros nombres?

No hay duda que existieron. Los más conocidos. Eduardo, el nombre a secas lo califica sin ambigüedad posible. Es muy pronto para intentar un análisis sintético de su personalidad tan rica y compleja como difícil. Le ha caracterizado siempre un afán obsesivo, que nace de su convicción profunda de influir estratégicamente, siempre de una forma indirecta. Preguntas, consejos, sugerencias. La ironía magistral con que pinta las situaciones erradas. Ha buscado siempre en el ardor de otros una especie de contrapeso, encuentra en la pasión ajena el ámbito donde aportar la subjetiva y absoluta seguridad de sus esquemas de pensamiento. Procede por formas simples, esquemas, con una imaginación que suple y suplanta el razonamiento. Con una claridad en lo que piensa y una tenacidad en lo que quiere, propia de quien ha sentido siempre la responsabilidad de la conducción. Alargaría demasiado si me entretuviera en anécdotas que le muestren influyendo de las maneras más impensadas en los que debían decidir. Incasable y tenaz.

El primer Cursillo

Es un mundo fabuloso de recuerdos, de circunstancias, de personas... Guillermo Estarellas, con su agudeza de percepción rápida, sus modos expeditivos, su especial rapidez de reflejos para repentizar. Todo él en un vaivén permanente entre la exaltación fervorosa y el casi despegue. Violento y entregado. La sensatez artesana de Bartolomé Riutort, carácter acompasado entre el sosiego espiritual, sin complicaciones y la tranquilidad casi burguesa de su fe recia. Guillermo Font con sus desplantes, su entrega llena del apasionamiento del neófito. Su intervención testifical, ruda, en los primeros Cursillos fue importante. Como más tarde la de Almendro, le llamaban “el Vaticano”. Por sus anécdotas de convertido y sus modos de hacer señaló un estilo y dio una fama que no siempre resultó favorable... Juan Mir, con su miedo a la entrega, su reticencia plena de lucidez y su pose de buena persona que no quería y luchaba para no complicarse la vida. Entre los recuerdos más dolorosos, la despedida de Andrés Rullán, después de una Asamblea en el Instituto, junto a las rejas del Asilo de la Misericordia, despidiéndose después de haber resignado su presidencial al año de asumirla, retirándose en silencio, triste y definitivamente.

Un proceso señalado por las tensiones

Hubo crisis internas y externas. Es el punto clave que nos hace penetrar en el papel decisivo de Monseñor Hervás y nos introduce en el conocimiento de otros nombres, muy de primera hora: Don Jaime Daviu y Don Miguel Fernández. Pero esto pertenece a otra historia.

VI.- LOS CURSILLOS SUFRIERON CONTRADICCIÓN DESDE SUS MISMOS COMIENZOS.

Es un hecho que marcó el estilo de su desarrollo. Algunos de sus rasgos, de las constantes de su existencia han sido motivados por este hecho. También muchas de las precisiones, de las clarificaciones doctrinales surgieron de la necesidad elemental de precisar conceptos para poder sobrevivir.

La oposición nació con los Cursillos.

Esta oposición, reticencia o lucha abierta, fue de primera hora. Unos datos refrescan la memoria. En el Asamblea que se tuvo en diciembre, Eduardo Bonnín, en su discurso, señalaba la existencia de una leyenda negra.

Se esperaba la aprobación del Obispo, pública, oficial, para acallar las discordancias molestas. “Desde el primer momento quiero contestar a un concepto que ha flotado varias veces en esta reunión, dijo Mons. Hervás: el de los Cursillos. Los bendigo y los apruebo ampliamente... Y los bendigo, no con una sola, sino con las dos manos.” Él mismo exhortaba a proseguir aceptando la contradicción y a insistir en la vida más que en las palabras (Documentos para la historia, I, páginas 7-9). En las preguntas a que sometía “Proa” a los

sacerdotes que intervenían en aquellos primeros Cursillos, no solía faltar la pregunta alusiva a las acusaciones. Sería excesivo tejer un catálogo. La más seria, con la indicación de los niveles más bajos donde la acusación se hace calumnia, se puede ver en el discurso que pronuncié en la última Asamblea del año 1956 y que era un desesperado intento para solucionar la crisis que adivinó aquel mismo año. Está publicada en "Proa" como número extraordinario, número 206, de enero de 1956. Es interesante leer la distancia, cuando a los Cursillos se les tacha de un excesivo conservadurismo, el editorial que publiqué en marzo de 1955, titulado: "Acusaciones".

Análisis de las causas: Por nuestra culpa...

Los que estábamos dentro, comprometidos en todo, vivimos aquellas circunstancias de una forma poco alertada. Hay que reconocerlo, aunque duela.

Lo vivimos, como ciertas crónicas del Concilio o reportajes de sucesos, como una novela de "buenos y malos". Teníamos la razón, los otros eran cómodos, instalados, mal intencionados, envidiosos e ineficaces. De todo hubo. Realmente, lo que causó impacto fue la eficacia del método, eficacia que estalló en un revuelo de conversiones y de realizaciones espectaculares.

Nuestra juventud no nos ayudó a ser respetuosos ni comprensivos. Nos dolía que la pasión iluminada de los jóvenes no hallara sino la hosca y silenciosa hostilidad, la crítica que encubría la conciencia de que se triunfaba donde ellos habían intentado su asalto en vano.

En un primer momento, la oposición hasta nos divertía. Respondimos a la acusación con la ironía, a la reticencia con el desplante o el silencio despectivo. Es cierto que daban pie. Dejad que recuerde el alborozo con que, de un viaje por tierras de Cataluña, lleve a Mallorca el recorte de un periódico que publicaba las declaraciones de un Obispo recién nombrado. Serio y de prestigio, después nunca desmentido. Según ellas, los Cursillos habían sido unas misiones populares entre los descargadores del muelle, y por esto eran bastos en sus planteamientos, simplistas en su doctrina y rozando ampliamente la grosería en sus expresiones. Lamentable, Nos enfadaba y nos divertía.

En una revista de gran tirada, ampliamente difundida hoy en círculos progresistas, se intentaba un análisis de los Cursillos con anotaciones tan pintorescas como la de que para convencer a los cursillistas se empleaba el método de agotarlos, cansarlos hasta el límite, socavando así ya desde el retiro toda capacidad de resistencia. ¿Para qué hablar de los polvos, del lavado de cerebro, de las pretendidas innovaciones litúrgicas...? Éramos cuáqueros iluminados...

He dicho que nuestra juventud no nos ayudó. La tempestad, desde el lado sacerdotal, la que debió imponer medida y ayudar al equilibrio enriquecedor, estaba formado por un equipo joven. Mons. Hervás buscó y aunó siempre las líneas de fuerza. Sabía lo que quería.

Jaime Daviu debía tener entre veintisiete y veintiocho años cuando accedió al Consejo. Miguel Fernández y yo mismo teníamos alrededor de la misma edad, ya que éramos condiscípulos, aunque yo me había ordenado unos meses antes en Roma. Dimos lo que teníamos. La misma vida. No teníamos horas, ni zonas fronterizas que limitaran la entrega. Había muchos colaboradores con más edad. Resultó difícil. Por lo que a mí

corresponde, mi carácter no es el más apropiado para embridar a nadie a la hora de la reacción apasionada por algo que me parece justo.

Una oposición decisiva: Don Antonio Sancho

Recuerdo un hecho que fue definitivo. De él arrancaron muchos males, aunque son pocos los que lo saben. En Mallorca, uno de los hombres con más prestigio intelectual y con más amplia audiencia en los sectores clericales e intelectuales fue el M. I. Don Antonio Sancho. Su nombre es de sobra conocido. Puso su prestigio a ponernos constantemente fuera de combate.

En una reunión nutrida y representativa le sometimos públicamente a un acoso crítico implacable. Yo mismo dictaba desde mi asiento las observaciones y las réplicas. Yo creí ingenuamente que se trataba de clarificar situaciones y dar luz a los problemas. Era un hombre herido. No los olvidó nunca.

Sus análisis estuvieron siempre condicionados por este único contacto. Desgraciado más por inexperiencia que por mala intención. Es por esto por lo que, frente a lo que nos decían, reaccionábamos polémicamente. Los Cursillos han tenido casi siempre una especie de reflejo defensivo. Como los niños que han sido maltratados y se cubren instintivamente la cara con las manos temiendo un bofetón incluso cuando alguien intenta besarlos.

Pueden leerse las repetidas advertencias que nos dirigió todos aquellos años Mons. Hervás y que he recogido en el Folleto Documentos para la Historia I. Sin embargo, la reacción típica es la que recoge el cronista de la Asamblea de 1949: "El cronista prefiere no hacerlo (recoger las críticas), no quiere molestarle por tan poca cosa. Todo... cizaña, mentes exiguas de hombres de las cavernas, trastiendas y botica pura."

Dos anécdotas sintomáticas

La culpa no fue nuestra, sin embargo. Había una irritación inexplicable en los ataques. Dos casos vulgares y sintomáticos ayudan a comprender y nos preparan para historias posteriores muy decisivas.

Solían asistir a las clausuras algunos ilustres visitantes, no cursillistas. Relacionados con otros movimientos apostólicos. No habíamos adoptado la decisión experimentada de la norma prohibida. Uno de los representantes de una obra apostólica fue invitado a habla. Ingenuamente, sintiéndose maestro, hurgó en la llaga aconsejando moderación y retando a que por la perseverancia se mostrara la genuinidad de lo que se había dicho. El entusiasmo era peligroso. La riada que se le vino encima no es para describirla. Era un enjambre irritado por la desconsideración. Toda la obra apostólica se sintió vejada, molesta. Como si los Cursillos intentaran una etapa iconoclasta e irrespetuosa.

Más ruido pudo hacer la otra historia, que estuvo en un tris de provocar un escándalo de repercusiones quizás nacionales y se evitó sin que apenas nadie se enterara. En una clausura, respondiendo a alguien que había censurado la A. C. De su centro, generalizando, le había respondido yo mismo, advirtiéndose que había casos en los que había falsas etiquetas. No basta, le dije, que una botella tenga un rótulo para que contenga lo que el rótulo indica. Puede estar vacía. Muchas veces confundimos la A. C. Con lo que no es. Se trata de una etiqueta sin contenido. La acusación se adivina. El presidente de la Junta, no

voy a recordar su nombre, persona de amplio prestigio social y profesional, acudió al Gobernador eclesiástico. Mons. Hervás estaba ausente, D. Pedro Rabassa, actual Vicario General de Ciudad Real, y presentó la dimisión de los organismos de Acción Católica y el aviso de hacerlo público en los diarios de la provincia. Vino a verme. Era casi de noche. De noche tuvo que trasladarse a un pueblecito en el que por no tener luz eléctrica se tuvo que aplazar hasta el día siguiente la demostración de que estaba mal informado. Por casualidad bendita, verdadera providencia, alguien con permiso había grabado en magnetófono aquella clausura. Se retiró la amenaza. Nunca se nos dio una excusa. Nadie supo nada. Pero nunca dejamos de sentirnos moleestamente vigilados, malamente enjuiciados, injustamente condenados.

¿Qué hacía Mons. Hervás?

En el centro de la borrasca, Mons. Hervás se jugó mucho. Para que camináramos tuvo que fiar, expertamente, en nuestra juventud y en nuestro modo de hacer. Nos adivinó, nos encontró, nos impulsó por una verdadera sintonía de intención pastoral. No quiero disimular que nos irritaron muchas veces sus observaciones. La ironía de muchos de los que estaban en el grupo de primera hora no siempre fue justa en la valoración. El era el Obispo de Mallorca, de todos, y a veces dimos la impresión de que perdía el tiempo cuando no se nos entregaba. Inconscientemente pretendimos el monopolio. Pero esto es materia de otro capítulo.

Estábamos en una galería del piso alto del palacio episcopal. Me había llamado para darme una ayuda económica y para despedirse. Ya había sido nombrado para la diócesis de Ciudad Real. Recuerdo el gesto, la voz, la mirada y la frase: “Marcho de Mallorca con un remordimiento...” Esta es la otra historia.

VII

Aunque no he seguido un orden lógico en la presentación de estas pequeñas historias, el final de la anterior plantea un interrogante básico. No pretendo escribir una historia. Tendría que atenerme al rigor documental sin pretender el aire familiar, de confianza apoyada en el recuerdo con que empecé y pienso rematar estas memorias.

¿Qué papel juega realmente Monseñor Hervás en todas estas historias acerca del nacimiento y primeros pasos de los Cursillos? Su influencia en la totalidad del Movimiento sobrepasa mi intención, y es conocida de sobra y de todos. Recojo únicamente lo que corresponde a los difíciles y fecundos años primeros. He oído algunas veces por ahí que el papel de Monseñor Hervás se había reducido a BENDECIR los Cursillos. Además de ser una apreciación injusta, es falsa.

¿Quién fundó los Cursillos?

Recientemente un religioso mallorquín ha publicado desde Roma unos apuntes sobre los orígenes de los Cursillos. Lástima de esfuerzo baldío. Datos y más datos que revelan una información abundante y una idea pobrísima de lo que son los Cursillos. Una pena. Los Cursillos, como en toda historia, tienen una pre-historia. No debe confundirse. Al principio no se confundió. Pienso un día probar algo tan sencillo como esto: En 1949 nadie dudó que algo había empezado. Hasta después de 1956 nadie dudó que la historia de los Cursillos tenía

una fecha. Cito un resumen que escribí para otra ocasión y que señala bien el problema y su solución.

“Los comienzos son difíciles de precisar. El primer Cursillo que ya contiene todos los elementos que configuran el método está fechado el 7 de enero de 1949, en el Santuario de San Honorato. Hubo una larga preparación, que se llevaba a cabo por dirigentes del Consejo Diocesano de la Juventud de A.C. y que coincidía con inquietudes personales de otras asociaciones. Las circunstancias hicieron converger las personas y, al coincidir y compartirse criterios y ensayos que apuntaban a la misma meta. Así los Cursillos de Cristiandad no pueden considerarse obra de un hombre, sino de un grupo, un movimiento eclesial surgido de un clima pastoral y de un afán convergente a la vez y compartido.”

Monseñor Hervás

Habrían existido los Cursillos igualmente, ha dicho alguien. No me gusta, como a los viejos maestros del medievo, disputar sobre los “entes de razón”. Bécquer escribió algo así como acerca de lo que pudo ser. Yo sé lo que fue. Esto es lo que cuenta. Hay que decirlo sin rodeos: Monseñor Hervás hizo posibles su cuna, su nacimiento, su crecimiento y su supervivencia.

No me gusta fijarme en la conocida historia del nombre de “Cursillos de Cristiandad”. Es conocida y realmente no prueba lo que ahora estoy afirmando. El mismo Mons. Hervás se quedó sorprendido de la fortuna del hallazgo. Él mismo lo ha contado. Hace ya tiempo comenté yo mismo en “Proa” la certera exactitud providencial del calificativo.

En la pre-historia pastoral de los Cursillos

No quiero, honestamente no debo, describir la situación a la llegada de Monseñor Hervás de la diócesis. Nadie negará que atinó a descubrir dónde había una zona viva y sensible. Captó la inquietud, amparó las iniciativas, impulsó hacia metas más ambiciosas y orientó personalmente hasta comprometer su propio prestigio por mantener sin miedo, frente a venerables “santones”, especie de intocables diocesanos, las reivindicaciones apostólicas, a veces tumultuosas, de aquella juventud. Asistió a retiros, celebró semanalmente la misa con una preparación detallada, estuvo en permanente contacto, nombró consiliarios. Un detalle posterior indicará gráficamente esta solicitud pastoral. Yo no estaba en funciones en esta primera etapa preparatoria. Cuando ya fui Consiliario, actuó conmigo, como había actuado siempre desde el principio. Me prohibió, por razones de salud y de eficiencia, dedicarme a ninguna otra actividad sin un permiso suyo personal que debía ser “*ad casum*”, para cada ocasión.

David contra Goliat

Éramos todos jóvenes, muy jóvenes. Las críticas fueron duras y desde ángulos prestigiados, de enorme fuerza. Nunca Monseñor Hervás puso en duda la justicia y la rectitud, la eficacia y la entrega de nuestra parte. Si alguna vez investigó fue para corregir situaciones individuales que podían perjudicar. Por esto nadie nunca en Mallorca se llamó a engaño. Los que querían causarle disgusto se ponían en la oposición de los Cursillos. Creían

que era la manera más eficaz de mortificarle. Nadie más que el Obispo pudo lograr que los Cursillos se impusieran en un clima así.

Desde la Asamblea de diciembre de 1949, en la que se pronunció públicamente a favor de los Cursillos, hasta su intervención en la catedral en su plática a todos los sacerdotes de la diócesis en 1951 y pasando por aquel célebre discurso en el que indicaba que la crítica contra los Cursillos podía alcanzar la malicia de un pecado mortal, siempre se mostró de la misma manera. Fue la honda que hizo posible que el David de nuestra juventud se impusiera al Goliat.

¿Una circunstancia que hizo posible la historia?

Unió. Hizo los nombramientos en función de una pastoral dinámica y juvenil de la que los Cursillos fueron parte principal. Fue un acto magisterial. Aunque es por respeto a los difuntos y porque venero nombres que tendría que citar para corroborar concretamente lo que afirmo ahora, se citó a Mons. Hervás para probar que los Cursillos no habían obrado en conformidad con las normas y se habían excedido contra el pensamiento de Mons. Hervás; somos muchos los que sabemos que por los Cursillos sufrió vejaciones y no fueron ajenos a su mismo traslado. Dolores de gestación que le confieren un lugar primerísimo en el nacimiento. Sobre él proyectaron sus sombras.

Yo no sé que habría sido, doy fe de lo que sucedió, de lo que realmente fue, de lo que vi y viví personalmente.

Y después...

“En 1955, cito de un pequeño trabajo mío, es trasladado Mons. Hervás de Mallorca a Ciudad Real.

Esta diócesis se convirtió en el foco activo de propagación juntamente con el Consejo Nacional de J. A. C. E. que intentó, desacertadamente en la intención y en el modo y en contra de nuestro criterio, fundar en los Cursillos la vitalización de la A. C. Al mismo tiempo Ciudad Real deviene por las circunstancias, el centro doctrinal de todo este movimiento”... Pero ésta es otra historia apenas recién comenzada y en la que ya serán otros los que tengan que aportar sus recuerdos.

VIII.- EL PRIMER SECRETARIADO

En los Cursillos la vida siempre tuvo la palabra decisiva y última, nunca pretendemos elaborar una teoría apriorística. Partíamos de una exigencia que nos imponía la fe. Vivimos una urgencia pastoral y, por lo tanto, todo nuestro quehacer se encaminaba a realizar un intento, es decir, un programa. No decretamos caminos, buscamos y experimentamos. La eficacia decidía sobre la bondad metodológica de cada intento que se incorporaba ya como una afirmación. De ahí que antes de acceder a cauces institucionales, a estructuras organizativas, se recorriera no poco camino.

Consejo Diocesano de la J. A. C. E.

En su seno nacieron los Cursillos. No voy a insistir en el cómo, en el cuándo, en su finalidad. Nacieron como un servicio apostólico, como un medio de proclamación, no como un instrumento de enganche. En el año 1950 fui nombrado consiliario diocesano, sustituyendo a Don Sebastián Gayá. Es conocida mi colaboración inmediata desde el año 1948, en verano, y sobre todo en el curso de 1948 - 49. No hubo relevo de programa. Hubo una clara e indiscutible continuidad de idea, de programa y de estilo.

En los años de mi consiliaría se intensificó la llamada Escuela de “declamación”, residuo de la anterior de “formación”, hasta convertirse en Escuela de profesores y, por un desglosamiento que nacía del contexto apostólico, la propia Ultreya con el traslado a los locales de la Iglesia de San Alonso, de Palma de Mallorca.

En la Asamblea de diciembre de este mismo año de 1950, Eduardo dejaba la presidencia del Consejo y pasaba dentro de él regentar una Vocalía nueva: la Vocalía de Cursillos. Las Ultreyas nacieron del ímpetu vivo del movimiento de Cursillos. Las Reuniones de Grupo fueron experimentadas en una minoría y proclamadas en una Asamblea de diciembre de 1949. Con Guillermo Estarellas, en el viejo caserón del Seminario Menor de la Calle del Socorro, redacté yo mismo las conclusiones.

En la dedicatoria del libro “Reunión de Grupo”, teoría de su práctica, he indicado los nombres de los que en circunstancias que evidenciaban su espíritu experimentaron en su vida la práctica antes de teorizar la idea.

Los Cursillos de hombres

La concepción de la A. C. por “ramas” con, en Mallorca por lo menos, un evidente desfase de estilo en la actuación y de objetivo en la meta, hacían inviable el Cursillo para los hombres. Era un veto en nombre de los reglamentos. Un Consejo no podía inmiscuirse en terrenos apostólicos, por urgentes que fueran, sino en los límites que marcaban las fechas de nacimiento. Esto era así aunque parezca mentira. La presión se hacía sentir y los roces y la tensión entre las dos ramas no hacían fácil el arreglo.

Se sucedían solicitudes al Consejo de hombres para que introdujera los Cursillos en su sistemática. No cito fechas ni documentos. No me sería difícil localizarlos. La solución fue ingeniosa. La impulsó Don Miguel Femeninas, párroco de Campanet, apoyo nunca desmentido y eficaz para los Cursillos en horas de triunfo y de pena. El Obispo aconsejó la forma legal. Yo decidí y dirigí el Cursillo. Era el 94 de la serie y apareció como el primero de los hombres. No organizaba el Consejo. La parroquia de Campanet tenía derecho a organizar para unos hombres no sometidos a jurisdicción de rama y reglamento lo que a su párroco le parecía bien para ellos. Amparó este Cursillo con su prestigio el párroco de Santa Catalina Tomás, Don Francisco Jaume. El Rector fue Eduardo Bonnín. La cuestión posterior, fácil y rápidamente resuelta, fue si continuar con Cursillos separados, hombres y jóvenes, o simplemente con los Cursillos a secas. La idea de lo “fundamental cristiano” se había abierto camino.

El primer Secretariado del mundo

La lección, mucho más eficaz en el relieve de sus detalles, nos había enseñado que los Cursillos no debían enfeudarse, ni siquiera para su organización, en un sector cerrado y organizativo. No podían tener etiquetas exclusivas. En una editorial de “Proa”, en el núm. 192 (noviembre de 1954), aparece un editorial titulado “Mayoría de edad”.

“El cometido de los Cursillos desborda las atribuciones y las fuerzas del Consejo Diocesano y se ha visto la clara necesidad de facilitarse más anchas pistas de despegue y más amplias perspectivas de trabajo.” No se olvide que el I Cursillo de hombres a que hemos referido antes se había celebrado en febrero de este año. El trámite fue acelerado. Revelo detalles que pocos conocen. Cuando escribí el editorial ya estaba en curso la constitución del Secretariado diocesano, desligado del Consejo y con un Delegado Episcopal particular, distinto del que estaba nombrado para la A. C.

Don Sebastián Gayá había visto el mismo problema. Entonces era Consiliario de la Junta Diocesana, organismo que se llamaba de “tronco” y pensó abocar a la competencia de la Junta la organización de los Cursillos. Había pensado que Eduardo pasara a los hombres por la edad y asumir una especie de consiliario coadjutor para los Cursillos. Eduardo se resistía. El Consiliario con el cual hablaron vio y avisó el peligro. Habríamos caído en un nuevo y más peligroso endeudamiento asociativo. Los resultados fueron el nombramiento y constitución del Secretariado. En diciembre de 1954. El Delegado Episcopal fue el Ilmo. Mons. Pedro Rebassa, entonces Vicario General, y hoy, en Ciudad Real, además de Vicario General, Deán de la Catedral. El Director del Secretariado fui yo, y su Presidente, Pedro Sala. Dos Vocales fueron nombrados: Eduardo, para lo que se refiere a los jóvenes, y Don Gabriel Estelrich, antiguo militante de los Hombres de A.C. y del apostolado castrense, para los hombres. Se podían añadir otros colaboradores provenientes de Cursillos y pertenecientes a las diversas uniones diocesanas.

Y al final...

Pienso, en otra ocasión, referirme al “eclipse” que los Cursillos sufrieron en Mallorca. Es difícil el tratamiento, pero es conveniente y puede encararse con respeto el problema.

¿Cómo terminó este Secretariado? Removido del Consejo Diocesano, fui sustituido en abril de 1956 por Don Miguel Amer. Poco después dimitían todos los componentes y poco más tarde se iba el nuevo Consiliario, sin pena ni gloria, triste enterrador involuntario de una etapa fecunda a pesar de sus defectos. Ahí está la historia.

El nuevo Consiliario, Don José Estelrich, hizo lo posible y lo imposible para reordenar los cuadros de la juventud. Habían empezado los movimientos especializados y ésta ya es otra historia. Los Cursillos continuaron, ya que no había sido disuelto el Secretariado ni yo removido de su dirección. Pocos meses después, una carta pastoral de Mons. Enciso ponía un período de suspensión provisional. Aceptaba la dimisión del Secretariado y se comprometía a reorganizarlo todo sobre nuevas bases. En una historia aleccionadora sobre la que no queda más remedio que volver; pero, como también dije antes, esto ya es otra historia.

IX.- MADRID Y MALLORCA

Advertencia necesaria

Me ceñiré a relatar lo que juzgo más conveniente para una inteligencia cabal de lo que pasó. No tengo tiempo ni es la ocasión de aportar textos ni es la ocasión de aportar documentales, no hago sino ser fiel a línea del recuerdo personal, ni pretendo otra cosa que una conversación amigable sobre recuerdos de interés. No cito nombres sino cuando es absolutamente necesario. El ambiente y los problemas son distintos y los recuerdos situarían los hechos en un plano de opinión y de juicio radicalmente distintos.

Don Manuel Aparici y los Cursos

Mi primer encuentro con él fue a raíz de mi nombramiento de Consiliario Diocesano de Mallorca. Una reunión nacional de Consiliarios. A él lo habían nombrado no hacía mucho tiempo Consiliario Nacional. Tenía un ímpetu rudo, una pasión incontenida; sus ideas tenían como un rumor de catarata en trasfondo. Su prestigio como presidente nacional le pesaba. Sus recuerdos condicionaron siempre la perspectiva. El cambio en la mentalidad y en el estilo de las nuevas promociones le hacían sentir íntimamente desamparado. Como si el viaje sintiera la nostalgia de otros compañeros de travesía.

Conoció los Cursos de cerca asistiendo a una Asamblea Diocesana, creo que la XII y debió de ser en 1951. No tuvo reposo hasta conseguir que fuéramos a darle una mano y consiguió la puesta en marcha del Curso que se dio en El Espinar (Segovia).

¿Quién organizó el Curso?

Había oposición. Creían en Madrid que se trataba de un fenómeno emocional, transitorio, provinciano. Aparici logró que el C. Nacional no se comprometiera haciendo que lo organizara el Consejo Diocesano de Madrid. Entonces el Consiliario era mallorquín, el M. I. Sr. Garáu. Asistió a la Clausura. Fueron algunos números menores del Consejo Nacional y uno de los Viceconsiliarios, Don Manuel Arconada.

No me entretengo en contar algunas incidencias muy significativas. No todas nos fueron, a la larga, favorables. Los resultados fueron efectivos. Don Manuel Aparici venció la resistencia y, con la contra del que era Presidente Nacional y de sus números fuertes, hizo que diéramos, ya con él y en la casa diocesana de ejercicios de Toledo, otro Cursillo.

Consecuencias inmediatas

En el Secretariado Nacional de aspirantes se había ido al copo. El entusiasmo era grande. El Delegado Nacional, sus colaboradores (habían asistido en su casi totalidad al Cursillo de El Espinar) trastocaron los temas de los Cursillos que iban dando para verte en oleadas de emoción, de pasión, de convicción, su experiencia del Cursillo. Don Manuel Aparici no deseaba otra cosa. Puedo afirmarlo con entera certeza. Había sido su confidente en la intimidad del Cursillo de Toledo y permanecimos en Madrid un día y medio después del Cursillo de Toledo. Cuando íbamos a visitar al recién inaugurado Colegio Mayor San Juan de la Cruz me dijo: “Me han llamado porque fían que renueve la Juventud de J. A. C. E. como cuando fui Presidente. No se dan cuenta de que no poseo el don de los milagros. No puedo resucitar a un muerto; lo más que podré hacer será galvanizar un cadáver”. Los que oímos a Aparici hablando de Cursillos sabemos que solía citar con insistencia, en los primeros momentos, la célebre profecía de Ezequiel de los huesos secos y vueltos a la vida.

Otras consecuencias

La proliferación asombrosamente multiplicada de los Cursillos por toda España. Con ella nacieron dos cosas que perjudicaron a los Cursillos. El nacimiento de tensiones en los altos organismos responsables. Tuvimos que contestar con claridad a escritos y a pronunciamientos de personas y publicaciones. No es difícil localizar alguno de estos episodios en la reproducción que la Hoja Nacional del Secretariado de Cursillos ha hecho recientemente del “Cómo y el porqué”. Es falso que los Cursillos quisieran ser el eje estructurante de la A. C. Española. Siempre protestamos, siempre nos pareció una vía equivocada.

El otro perjuicio fue el apresuramiento, la velocidad. Sin poso, sin solera, sin penetrar su mentalidad, se dieron Cursillos por docenas. Hubo revisiones a gusto de cada cual. Cada uno disfrazó su caricatura a su modo. Una nota del Consejo Diocesano alertando a las diócesis en las que se había empezado a dar el Cursillo desde Mallorca molestó al Consejo Nacional. Hubo un intercambio energético de cartas entre el Conciliario de Mallorca, yo mismo, y Aparici. En El Escorial y en una reunión de Consiliarios se quedó todo arreglado.

Los Cursillos de Madrid

A pesar de la apariencia, tenían graves distorsiones que nos impedían que pensáramos en ellos como en verdaderos Cursillos de Cristiandad. Cambios que se dirigían

a convertir la fuerza de captación de los Cursillos en fuerza de captación para la Obra. Se trataba de fabricar rápidamente cuadros de dirigentes.

Mi última reunión con Aparici fue en Ciudad Real. Recuerdo que me pedía una modificación porque resultaba peligrosa la forma como reaccionaban determinados componentes. Tuve que advertirle que las experiencias de peligrosidad arrancaban únicamente de Cursillos en donde habían introducido precisamente las modificaciones que ahora querían modificar.

Una distribución irregular

En el Congreso Nacional de Perfección y Apostolado acudí cuando ya no era sino Director del Secretariado. Mi Obispo me había negado el permiso para presentar una ponencia sobre Cursillos que me habían pedido sus organizadores. La presentó el M. I. Don Rafael Piñero, profesor de Dogma de Ciudad Real. En el ambiente de interés por los Cursillos me encontré muy forzado. Al plantearse las dificultades de las diversas acomodaciones a que daban lugar los Cursillos del Consejo Superior, Mons. Castán, entonces Obispo Auxiliar de Tarragona procuró una reunión. Fuimos bastantes. No voy a citar a ninguno. Me limité a preguntar sobre las razones de los cambios. Pactamos una norma. Cuando llegué a Mallorca había estallado la tormenta y después de dimitir rogué por teléfono a Don Manuel Arconada, que por enfermedad de Aparici llevaba los jóvenes, que me considerara al margen de todo lo convenido.

Ahora la voz la tenía el Obispo. Yo debía callar. Sin punto de referencia común, tres centros se perfilaron con estilo suyo; Vich, Cataluña; Madrid, con amplia audiencia en la organización de J. A. C. E., y Ciudad Real, continuadora espiritual de una línea cuya responsabilidad tuvo que asumir cuando todavía necesitaba apoyo.

La historia

Una vez más desembocamos en la otra historia. En Madrid hablé con Mons. Morta, Don Angel entonces. Me pedían que me fuese a América y me hacían proposiciones ventajosas, apostólicamente rentables. "Tienes que quedarte - me dijo -. Nunca te perdonarías ir, ni siquiera con la excusa del bien, huyendo en lugar de encarar apoyado en Dios este momento." Este momento es la historia providencial de un eclipse, de una crisis de purificación que ayudó no poco a los Cursillos.

X.- DE MALLORCA A MADRID, PASANDO POR CURSILLOS

Muchas veces, al hacer la relación de las diversas etapas por las que ha pasado la Acción Católica Española, suele señalarse la de los Cursos de Cristiandad como meta preferente y como método propio en la rama de los jóvenes. La historia deberá sufrir una revisión profunda que llegue hasta los mismo documentos oficiales, emanados del propio Consejo Nacional, y de las afirmaciones de algunos testigos de aquella época y que enjuiciaron los hechos desde una sola vertiente, la de Madrid. La verdad es, precisamente, todo lo contrario. Los Cursos de Cristiandad no servían para estructurar en exclusiva una organización, aunque hubieran nacido de una preocupación apostólica que hallaba cauce en su seno.

El primer Curso de la Península

Antes de este Curso se había celebrado el primer Curso de Colombia en junio de 1953 y eran muchos los que, antes de esta fecha, ya se habían puesto en contacto con el movimiento apostólico que hacía vibrar a los jóvenes de Mallorca. Fechas, nombres y datos más concretos los he dado en el pequeño estudio: "Cursos de Cristiandad, La verdad sobre su origen histórico", págs. 57-60. El Curso a que ahora me refiero es el que organizó para su Parroquia del pueblo de Anguera el Rvdo. D. Pedro Mauri. Se celebró en el Santuario de San Miguel de Liria del 15 al 19 de agosto de 1953.

D. Pedro Mauri los había conocido durante los días de ministerio en Mallorca, donde había participado en una gran misión general que le puso en contacto con cursillistas y dirigentes y le dio ocasión para que asistiera al Curso 75, en Santa Lucía de Manacor del Valle. Aunque hubo otros cursos, la experiencia no tuvo una real efectividad, una continuidad. La inserción no podía hacerse por la banda lateral de la Parroquia, sino por la cúspide o por el organismo diocesano correspondiente.

El punto de partida que explica muchos puntos de llegada

La difusión, a impulsos del entusiasmo, fue excesiva, anárquica, descontrolada. Cuando los Cursillos en las diócesis han intentado reencontrar su sitio, se han hallado con el inconveniente de que habían entrado al margen del Obispo, sin su conocimiento. Otras veces se han encontrado con la cesantía y jubilación, otras orientaciones o directrices de los organismos nacionales, otros vientos apostólicos han venido a llenar su papel en la organización. En cada diócesis se han introducido sus variaciones. Una edición a escala regional de la versión original de los Cursillos. Los mismos dirigentes del Consejo Nacional, en su siembra apresurada, apasionada, del primer momento, fueron introduciendo modificaciones, sin que hubieran llegado a saber para qué servían en el sistema total del Cursillo las piezas que sustituían por otras.

Una equivocación y un equívoco

Los Cursillos no sitúan ni comprometen para un compromiso institucional específico. Lo mejor, desde sus mismos comienzos, es su apertura, para que el hombre que asiste a un Cursillo realice su vocación personal sin predestinación, sin la necesidad como la asistencia a un Cursillo. Digo impersonal por lo que tiene de asistencia, lo que tiene de descubrimiento sí compromete a la persona; pero la compromete a la realización existencial de su bautismo, sin prejuzgar si debe ser aquí o en otra parte, así o de otra manera. Usar los Cursillos como cauce de reclutamiento fue empequeñecerlos. Ello obligó a cambios que desvirtuaban su intención y su universalidad. Eficaces, no siempre fueron aceptados por todos los que de antiguo trabajaban en la juventud de A.C., y con ello se estableció una división y se originó el nacimiento de unos Cursillos ambiguos y confusos. Surgieron las tensiones que habían de influir, por desgracia, en todo el desarrollo posterior. Pero esto ya es materia de otra pequeña historia. Ya que nunca quisimos que la A. C. Se centrara en los Cursillos, los adoptara como método y se los propusiera como meta.

XI

Los Cursillos han sufrido una evolución enriquecedora. Es una exigencia de la necesaria adaptación. La diversidad de geografías y la inmensa distancia a que gravitaban las vidas que con el tiempo se han acogido a Cursillos, de la de los que abrieron el camino en los primeros años, imponía un enriquecimiento. Se trata de una identidad, si quiere mantenerse la realidad de los Cursillos, y de una diversidad creciente.

Principio criteriológico

Resumo el pensamiento autorizado de la Ponencia que se tuvo en el Encuentro de dirigentes de Cursillos de toda América Latina, en Bogotá, porque refleja exactamente mi pensamiento: “Existe una realidad histórica que se inicia en 1949 y cuya unidad de criterios y procedimientos hasta 1954 hace que apuntemos a ella como punto de referencia y medida de autenticidad”.

Después de esta fecha, los documentos que se escriban o se han escrito, las opiniones que se viertan o las explicaciones que se den tienen el valor de un testigo cualificado si se trata de aquellos que estuvieron presentes en la hora primera. No podemos admitir un magisterio con infalibilidad metodológica, sino de *fidelidad*. Desde la autenticidad, a cualquiera le es posible una adaptación. No se trata de un problema de jurisdicción, sino de fidelidad. Los pasos para verificar si se da esta fidelidad a la realidad histórica son:

- Establecer el hecho original.
- Establecer el pensamiento original. Se trata de una adaptación dentro de la autenticidad.

Importancia apologética

Fue teniendo en cuenta esta afirmación que en el prólogo-introducción del libro “Reunión de Grupo” escribí teniendo presentes nombres y situaciones muy definidas y concretas. “Muchos explican la eficacia actual de los Cursos y el fenómeno sorprendente de su expansión rápida, apelando a correcciones fundamentales, sustanciales reformas que habrían quitado la peligrosidad de los primeros momentos y orientado las hipotéticas desviaciones doctrinales y prácticas de sus primeros tiempo... En los Cursos de Cristiandad ha habido ciertamente innovaciones, pero no rectificaciones sustantivas. El crecimiento, el enriquecimiento, es una innovación de plenitud, pero, como la flor ya late en la semilla, así latía en los gérmenes primitivos la rica y floreciente proliferación de todas las actuales realizaciones.”

La dificultad está en verificar este pensamiento colegial y constitutivo de los que aportaron su vida en la primera hora. Hay mucho que rehacer y que estudiar todavía. Yo mismo me siento incapaz de localizar dónde podría hallarse una documentación rica y completa. Éramos reacios a la publicación de lo que sabíamos, era difícil de aprender en toda su riqueza; era difícil de encerrar escrita, conceptual. Ni tenían tiempo los que intervenían entonces.

Antes del Curso

Hay mucho material que pasó al Curso y que no se ha mantenido después. Las fichas definiendo los tipos. El estudio de las diferentes Acciones Católicas que servía para el primitivo rollo de estudio del ambiente. Material que vino traspasado de los antiguos Cursos y que apenas existe en un volumen mecanografiado que pocos poseen y que casi en su totalidad posee Eduardo Bonnín, el seglar que más intensa y responsablemente vivió la aventura de los Cursos desde su misma prehistoria. Los esquemas del célebre Curso, verdadera premonición, que celebró en Mallorca el centro de J. A. C. E. de Tarrasa en agosto de 1946 y que ha publicado Ediciones “Aguas Buenas”, en un intento de aportar este material difícil para el estudio de los interesados en el movimiento. Debo citar, con la pena de no poder concretar y de no tener a mano la cita exacta en este recorrido apresurado de mis recuerdos, una ponencia del mismo, Eduardo, antes de los Cursos, que causó sensación en el ámbito nacional y que publicó íntegramente el periódico “Signo”.

Las sistematizaciones

Me refiero a las anteriores a la diáspora. Cuando no pensábamos siquiera en la posibilidad de que alguien pudiera publicar algo como “Cursos de Cristiandad, Instrumento de renovación cristiana”.

Probablemente si se hubiera compuesto “Vertebración de ideas” entonces habríamos conseguido avances sustantivos, nos habríamos defendido mejor y tampoco habríamos mezclado esquemas que, nacidos de situaciones diferentes y a distintos niveles de la historia, hacen menos aprovechable el libro en su totalidad.

La primera sistematización, sin embargo, fue temprana. Era una exposición despreocupada, con preocupación metodológica, sin hacer hincapié especial en las riquezas doctrinales que el sistema suponía. Tuvo lugar el año 1951, en el mes de julio. La escribí de un tirón y la corregimos Eduardo y yo, para expresar, más que mi pensamiento personal, el de todos los dirigentes comprometidos. Hasta hace poco no se había publicado sino en

resúmenes. “Aguas Buenas”, de Puerto Rico, la ha publicado últimamente en su versión íntegra. Precisamente porque no tenía preocupaciones defensivas traduce una cándida ingenuidad que transpira ilusión por todas partes.

Una segunda exposición comprometida fue en enero de 1952 para los alumnos de la Pontificia Universidad de Salamanca. Una exposición de una semana. El mismo enfoque que repetiría un año después a los alumnos del Colegio español de Roma. De esta segunda intervención quedaron abundantes apuntes y entonces se repartieron con profusión en los ambientes interesados de Italia muchos esquemas doctrinales del Cursillo. De Salamanca queda alguna carta, como la que conservo de Elías Yáñez Álvarez. Hoy no comparte, ciertamente, los puntos de vista, aunque si mantiene el afecto y creo que la amistad, y un número de “Incunable”, no puedo concretar cuál, que se refirió a los Cursillos de Cristiandad por obra y maniobra de José Seguí, hoy sacerdote en Menorca, antiguo dirigente de la Juventud en Mallorca y estudiante entonces en Salamanca.

Otras exposiciones de síntesis fueron las de Lérida, siendo el organizador Mons. Laureano Castán, Actual Obispo de Sigüenza y entonces rector del Seminario. Una semana a los sacerdotes y seminaristas de Mallorca y a los estudiantes franciscanos. Y la principal, por la importancia que para el futuro de los Cursillos de España debía tener, la exposición completa a los sacerdotes de la Diócesis de Ciudad Real, en el año 1955.

La defensa inútil

En 1956, en enero, se publicó la defensa de los Cursillos que había pronunciado en la última Asamblea. Los tiempos eran malos. Creí que debía apoyar sólidamente la razón. Escribí la defensa con cuidado y con desgarro. Apoyada en muchas docenas de autoridades. Son 156 citas a pie de página, con decenas de autores. El Obispo leyó antes el discurso y dio su permiso. Se imprimió y se mandó a todas las diócesis. Pero poco después los Cursillos quedaban fulminados. Empezando una segunda etapa, en la que Mallorca iniciaba el silencio, el grupo se desintegraba y únicamente la esperanza alentaba. Esta es la historia, la que cierra por ahora mis recuerdos, y que, aunque me duela, tendré que contar.

XII.- LA DISPERSIÓN.

Desde Agosto de 1956 no volvimos a coincidir en las tareas de los Cursos los que habíamos vivido la densa experiencia dispersa y en situaciones distintas cada uno vive con el recuerdo la fuerza de la idea que dio vida y configuró los Cursos. Sucedieron muchas cosas que no me corresponde narrar y que debo silenciar. Voy a rehacer la parte de mis recuerdos, la que a mí me corresponde y que tiene suficiente perspectiva para que pueda ser utilizada. No hablo de las experiencias de los “safaris”, la teoría de aguas extraterritoriales, de las tensiones que a lo largo del año 1956 y parte de 1957 nos hicieron sufrir a todos, incluso a los que nos esforzamos por mantener un silencio que gritaba de puro dolorido.

Monseñor Enciso Viana

No debo enjuiciar su pontificado. No podría hacerlo porque la mayor parte de él vivió fuera de la diócesis. Pero debo decir mi valoración personal y sincera. En una de las entrevistas que mantuve, siempre tensas, desconfiadas por las dos partes, recuerdo que le dije: “Cuando V. E. se vaya y ya no desconfié de la intención que me anima, le repetiré la misma adhesión de ahora y le aseguro que no seré yo quien falte a besarle el anillo.” Era algo más que una actitud espiritual, era una convicción. No le debo nada o muy poco a Mons. Enciso, pero le admiré en muchas de sus cualidades y siempre deploré, junto con su temperamento más bien lejano y difícil para nuestra comprensión meridional, la caridad de sus esquemas mentales y el esfuerzo por llevar adelante el pastoreo de su Iglesia.

Mis relaciones con el sucesor de Monseñor Hervás

No teníamos la misma mentalidad. Tengo testigos de que le dije que prefería trabajar en un roncón con la bendición de mi Obispo que en la cima o el centro acompañado de su desconfianza. No conseguí que me creyera. De Cursos no creyó nada favorable. En el discurso del Curso 200, cuatro años después de la suspensión de los Cursos, él creía que había solucionado las graves dificultades. Hay un dato que no he contado nunca sino a los íntimos y que hago ahora público.

Los dirigentes creían que la displicencia con que el nuevo Obispo miraba los Cursillos era porque yo no acertaba a explicarle las cosas. No faltaban los que ¿para qué citar ahora nombres con los que estuve íntimamente ligado, alguno de los cuales pertenecía al grupo de los mismos consiliarios del Consejo? - opinaban que la situación de tensión era provocada por mi forma peculiar de presentar las cosas haciendo sentir al Obispo la superioridad de mi tesis y que con un poco de disimulo benevolente le podría hacer creer que se hacía lo que él quería, que en definitiva era lo que estábamos haciendo. Procuré que no fueran a verle, porque yo sabía lo que pasaba y no quería que ellos sufrieran el desengaño de ser incomprendido y condenados sin previa audiencia. Los sucesos me dieron la razón y cuando alguno creyó que había convencido a Monseñor Enciso porque empleó esta táctica, tuvo que sufrir uno de los ataques más fuertes que le oí en un retiro público al Obispo en contra de determinados seglares. Nadie pudo quitar nunca la convicción que los hechos le ayudaban a corroborar, de que no éramos sinceros con él.

Quiénes influyeron

No es posible nombrarlos. Son conocidos. Yo no puedo sentenciar las intenciones, pero sí puedo valorar el daño. Ni quiero disimular que en todo ello había influido una consigna probablemente de origen más alto que el de la diócesis, así como la situación media de conflicto con que estábamos enfrentados con los organismos centrales de Madrid. Una anécdota sintomática de su promoción a la sede mallorquina. Habíamos hablado con él por teléfono desde la Curia en la que ayudaba al Vicario General - Mons. Hervás era Administrador apostólico - para las noticias de prensa. Lo localizamos en su casa de Madrid. Era sábado y teníamos sabatina en el Consejo.

Al hablar en mi turno le pedí una bendición para los jóvenes. La transmití en la sabatina. Meses después, él mismo me hablará de una carta del que fue después su Vicario General y de cuyas intenciones no cabe ni cabía dudar, aunque sí de su información, en la que le alteraba sobre la maniobra de usar sus bendiciones para canonizar los bandos de lucha. Tampoco los Cursillos contaban con el apoyo del clero mayor y más capacitado. No tuvimos comprensión ni arrimo. Sufrimos una especie de bajamar. Nosotros tampoco ayudamos demasiado.

La pastoral

Hoy apenas es conocida. La he vuelto a leer. Todavía me causa estupor. No se consultó con ninguno de los dirigentes seglares y los sacerdotes. Únicamente me hizo saber las acusaciones, pero nunca me pidió la defensa. La encuesta entre el clero apoyó su dictamen. Con el reconocimiento de lo conseguido había una tajante repulsa. La historia sería larga. La reacción fue múltiple y compleja. Lo más consolador fue que las cartas que recibió el señor Obispo fueron de empresarios no cursillistas que mostraban su extrañeza porque había afirmado que eran los cursillistas muy piadosos, pero poco responsables en su profesión.

El mismo clero se mostró sorprendido, incluso el que en la encuesta - quién puede saber por qué - había contestado aportando acusaciones. Sin embargo, entre los datos más curiosos, están los dos siguientes. Según los datos mismos de la Pastoral, la perseverancia específica era de más de un 50 por 100, lo cual indica evidentemente un porcentaje más alto en perseverancia general y en frutos obtenidos. No se detuvieron en sumar y esta fue la

proporción: de 12, 1; de 13, 3 y en otra parte, de 25, los 25 sin fallo. El segundo dato es que para el estudio de los Cursillos facilité los documentos que habían sido transcritos para el Obispo anterior. Fueron precisamente estos documentos los que fueron entregados al grupo encargado de continuar los Cursillos. Había anotaciones en lápiz rojo que indicaban las correcciones. De los 200 folios a un espacio, solamente se habían subrayado tres cosas que pertenecían a una serie de anécdotas y no reflejaban, por lo tanto, el sentir del Cursillo y únicamente una palabra que tenía una admiración: Machote. No dio ninguna orden de corregir nada. Ninguna consigna de fondo, solamente de estructura y de conexión con las parroquias y los organismos de la A. C. De contenido y de orientación, nada; absolutamente nada.

Una leyenda

En el que se inauguró el Secretariado Nacional de Cursillos, en sus primitivos locales, esperando a Monseñor Riberi, entonces Nuncio de España y en el mismo día en que había sido elegido Pablo VI, alguien, profesor de teología y canónigo de Madrid, comentó conmigo sin saber quién yo era: “Parece que los Cursillos después de haber sido sustancialmente corregidos han encontrado su camino y muchos hablan bien por fin.” Le contesté que yo había estado antes y después y únicamente la ignorancia podía justificar el juicio. Reconoció sencillamente que no estaba enterado y conversamos amigablemente. Esto fue lo que pareció creer el señor Obispo. Debió sufrir sin duda también con el conflicto. Cuando yo estando fuera iba a visitarle, me mostraba siempre un afecto muy particular y nunca aludió y nunca le hablé de lo que en un tiempo nos enfrentó y en cierta manera me obligó a irme de mi casa.

Una palabra final de explicación y defensa

Es necesaria para que no parezca que rehuí la situación conflictiva por la vía fácil. Cuando me avisaron desde Ciudad Real que la cátedra de teología dogmática de Córdoba había salido a oposición había pasado un año en silencio y en mi casa, serenando mi espíritu con el permiso y la bendición de mi Obispo. Él dijo en público, puedo citar al arcipreste de Felanitx, a quien se lo dijo el propio Obispo, que le había obedecido perfectamente y le había mostrado la calidad de mi sacerdocio. Solamente entonces le pedí que me diera su bendición para marcharme. Creí que una cátedra de teología podía indirectamente beneficiar el prestigio, entonces no tan boyante de los Cursillos. Fue en 1957. Había terminado una etapa dolorosa y fecunda, agotadora y creadora. Los Cursillos empezaban a esparcirse por todo el mundo y se gestaba en su pequeñez dinámica toda la maravillosa realidad que ahora estamos presenciando. Pero ya mis historias no son de la historia de los Cursillos.

***Temas impresos bajo licencia de:
ORGANISMO MUNDIAL DEL M.C.C. (OMCC)
GRUPO LATINOAMERICANO DEL M.C.C. (G.L.C.C.)
SECRETARIADO NACIONAL DEL M.C.C. DE MÉXICO (SNMCCMX).***